

LA CASA DE LAS VENTANAS
DE COLOR NARANJA

Ion Minulescu

LA CASA DE LAS VENTANAS
DE COLOR NARANJA

Ion Minulescu

Traducción del rumano de Joaquín Garrigós

BÁLTICA **editorial**



INSTITUTUL
CULTURAL
R O M Â N

La publicación de este libro ha contado con
la ayuda del Instituto Cultural Rumano.

Título original: *Casa cu geamurile portocalii*

© de esta edición: Báltica Editorial, 2022

© de la traducción: Joaquín Garrigós

© de la cubierta: Nora Montesinos

Maquetación: Prema Served

Impresión: Estugraf Impresores S.L.

Pol. Ind. Los Huertecillos, C/Pino nº5, 28350 Ciempozuelos, Madrid

ISBN: 978-84-122326-7-7

DL: M-37243-2021

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopias o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

La casa de las ventanas de color naranja	9
En el jardín de mi amigo	25
La confesión de un desarraigado	39
Máscaras de bronce y farolillos de porcelana	55
La corbata blanca	121
El hombre del corazón de oro	137
De charla con el Maligno	153

LA CASA DE LAS VENTANAS DE COLOR NARANJA

Como los herederos del propietario no pudieron ponerse de acuerdo, vendieron la casa a un extranjero al que los vecinos, incapaces de pronunciar su nombre, llamaban el Inglés.

Construida en ese estilo que los arquitectos nos han acostumbrado a tomar por rumano —aleros salientes, solana en derredor, ventanas pocas y pequeñas y con puerta de poca altura apoyada en tres peldaños de piedra desgastada en los márgenes—, la casa ocultaba su vetustez detrás de unos castaños desperdigados sin orden ni concierto en un patio grande con mucha hierba y sin senderos.

Sin embargo, el nuevo propietario se trajo un arquitecto y un jardinero —extranjeros ambos, como él— y tres meses más tarde ninguno de los vecinos reconocía ya la cochambre del fondo del patio.

Una sola cosa no podían ellos entender: el antojo que le había dado al Inglés de poner cristales de color naranja en las ventanas.

Vista desde la calle, en verano, la casa tenía más el aspecto de un cuadro donde un pintor impresionista solo hubiera utilizado los colores verde, blanco y naranja.

Los vecinos —en su mayoría gentes sencillas e incultas, sin gustos ni aficiones artísticas—, para quienes la belleza tenía que seguir los cánones imperantes en su barrio, le inventaron una le-

yenda al Inglés que, al pasar de boca en boca, se contaba de una manera al principio de la calle y de otra al final. Baste decir que la leyenda —la cual, en dos palabras, se resumía en hacer del Inglés un loco peligroso— una vez se la aprendieron de memoria los del contorno, rebasó los confines del barrio y en poco tiempo llegó hasta la otra punta de la ciudad.

Los alumnos del instituto, sobre todo en los recreos, en lugar de jugar a pídola o a la rayuela, se reunían en silencio formando grupos y hablaban del tema con la seriedad de los políticos que están en vísperas de caer del poder.

Una tarde, tres forasteros, tres jóvenes de pelo largo, corbata ondeando al viento y sombrero de ala ancha, llegaron frente a la casa y se pusieron a discutir con vehemencia durante más de media hora. El tabernero de la esquina, que había estado escuchando a escondidas, descubrió que los desconocidos, alumnos de la Escuela de Bellas Artes, estaban entusiasmados por el buen gusto del Inglés y, según ellos, la casa, tal como se había restaurado, era el edificio más bonito de la ciudad.

Al día siguiente, todo el barrio estaba hecho una furia contra los desconocidos que habían tenido la osadía de vestirse de aquella forma y de tener una opinión contraria a la de ellos. Y la indignación de los pacíficos arrabaleros de la capital fue tanta que dos mozos, de esos que sembraban el miedo en todo el barrio, hicieron el solemne juramento de montar guardia y darles una paliza si se les ocurría volver por allí.

Pero más que la osadía de los tres desconocidos, les intranquilizaba que el nuevo propietario, después de haber reformado la casa, había desaparecido y nadie sabía nada de él. El día de San Elías se cumplían cinco meses desde que se fue. Varios notables del barrio trataron de hablar con el sirviente, un anciano al que solamente veían dos veces al día cuando iba a comer a la taberna de la esquina. Mas este, también extranjero como su

amo, o no sabía más palabras rumanas que las referentes a la comida o bien no quería contestarles. La mirada ceñuda del anciano bastaba para quitarles a todos las ganas de entrevistarlos durante el almuerzo.

Pronto, todo el mundo se convenció de que algo raro estaba pasando en la casa de las ventanas de color naranja. Muchos sujetos fueron recelosos hasta allí, pues creían de verdad que el Inglés estaba dentro. Pero lo que nadie podía explicarse era por qué se pasaba escondido todo el santo día y no salía a pasearse siquiera por el jardín.

Una tarde, el guardia, que hacía su ronda cerca de la casa de las ventanas de color naranja, contó que la noche anterior vio abrirse una ventana y que, al aproximarse a la verja del jardín, divisó en medio de una habitación cuatro cirios de cera anaranjada encendidos alrededor de un catafalco alto tapado con un lienzo que unas veces parecía verde y otras violeta, según lo mirara con los dos ojos o con uno solo.

La historia del guardia reforzó la convicción de quienes apostaban que el Inglés tenía que estar dentro. Sin embargo, los que suponían que se había marchado, no queriendo darse por vencidos, decidieron hacer todo lo posible para descubrir el misterio.

La casa de las ventanas de color naranja les preocupaba tanto que les había quitado las ganas de trabajar, de comer y de dormir.

Mas un suceso inesperado les despejó la incógnita a unos y otros. Cierta noche, un chirrido terrible de ruedas los despertó a todos. Seis camiones cargados con todo tipo de equipajes se habían detenido delante de la puerta. Los sirvientes que habían llegado con ellos los descargaron a toda prisa y, antes de que los vecinos tuvieran tiempo de espabilarse, los camiones se fueron. Pero en el patio de la casa todo estaba cambiado. Las farolas eléctricas se encendieron en todos los rincones, las ventanas se abrieron y la multitud de sirvientes pululaba por el jardín y por